
El Acuerdo de Libre Comercio, un nuevo paso hacia la integración económica de México en Estados Unidos

Francisco R. Dávila
Aldás

Introducción

El trabajo que presentamos surge como resultado de inquietudes que no fueron analizadas en anteriores estudios realizados sobre la economía de México¹ y acerca de las persistentes repercusiones en el campo socio-político que se han venido dando en el país, a raíz del agotamiento del llamado "modelo de desarrollo hacia dentro" que se presenta ya desde fines de los años sesenta con la crisis del agro y la inestabilidad social que culminó con los suce-

¹F. Dávila, "La economía mexicana, sus problemas y repercusiones sociopolíticas (1976-1983)", *Revista Mexicana de Sociología*, México, IISUNAM, julio-septiembre, 1983; también del mismo autor: "La crisis mexicana, sus problemas económicos y sus efectos sociopolíticos", *Revista Mexicana de Sociología*, México, IISUNAM, abril-junio, 1984; "México en el mundo de hoy y de mañana", en *Relaciones Internacionales*, núm. 40, México, UNAM, Centro de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, septiembre-diciembre, 1987; "De la crisis a la crisis. Política económica mexicana. 1982-1988", en *Nueva Sociedad*, núm. 91, Caracas septiembre-octubre, 1987; "Perspectivas de las relaciones México-Estados Unidos", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 138, México, UNAM, FCPyS, octubre-diciembre, 1989; "Las dificultades de la integración de México a los Estados Unidos. Perspectivas a futuro", ponencia presentada en el Encuentro Anual de la Asociación of Borderlands Scholars, México, Tijuana, Baja California Norte, 21-24 de febrero, 1990; "Crisis y deuda externa en México", en E. Ortiz (compilador-editor), *Administración pública, economía y finanzas*, tomo 1, México, CIDE, NAEFA, abril, 1990.

sos de Tlatelolco en 1968.² En la década de los setenta se intentó corregir la anterior situación mediante un desarrollo económico más acelerado y una apertura gradual al mercado mundial, para absorber más fácilmente el progreso científico y tecnológico; pero los desequilibrios internos y las condiciones internacionales³ no lo permitieron; al contrario, a mediados de 1982 sobrevino el colapso financiero y el estancamiento crónico de la planta industrial, obsoleta para competir en los mercados mundiales.

Esto puso al desnudo las debilidades del modelo de crecimiento mexicano. Así, desde esa época hasta los inicios de 1990 se intentó de modo ortodoxo y luego a partir de un plan de choque realizar los "ajustes estructurales" no sólo para salir de la crisis, sino para emprender una nueva etapa de modernización que, integrando a México de una manera formal a la economía de los Estados Unidos, le permitiera asimilar más fácilmente los adelantos científicos y tecnológicos que la tercera revolución industrial y el proceso de globalización mundial habían desarrollado. Todo ello, con incidencias profundas en la planta industrial, en los procesos de comercialización y en las estructuras financieras de los países de mayor desarrollo.

Es dentro de este amplio contexto internacional que se estructura el presente trabajo, cuyo objetivo es examinar el primer paso formal hacia la integración mediante la firma del Acuerdo de Libre Comercio (ALC) y considerar las posibles repercusiones del mismo en la frontera norte.

México, del bilateralismo conflictivo a la colaboración subordinada

México y los Estados Unidos, por su posición geográfica, sus múltiples vínculos y relaciones, las más de las veces no exentas de con-

² Cf. S. Zermeño, *México: una democracia utópica, el movimiento estudiantil del 68*, México, Siglo XX, 1978.

³ Cf. a este respecto M. Basáñez, *La lucha por la hegemonía en México, 1968-1980*, México, Siglo XXI, 1981.

⁴ Cf. a este respecto F. Dávila, "México en el mundo de hoy y de mañana", en *Relaciones Internacionales*, núm. 40, México, UNAM, FCPyS, septiembre-diciembre, 1987, pp. 22-30.

flictos,⁵ han ido forjando a lo largo de su existencia como naciones tanto un amplio espacio de integración informal de sus economías, como una visible valla cultural y social que tendía a protegerlos de una más profunda asimilación económica y sociopolítica, peligrosa para la salvaguarda de sus respectivas identidades nacionales; expresadas en presiones, negociaciones y compromisos mutuos; todos ellos encaminados a mantener la convivencia pacífica entre dos Estados soberanos marcadamente asimétricos. Ahora bien, las profundas transformaciones que se han venido presentando en el último cuarto del siglo en el contexto mundial, se resumen en dos movimientos concomitantes y articulados dialécticamente: la revolución posindustrial y la globalización económica, fundados en las aplicaciones de la ciencia y la tecnología de vanguardia, han cambiado de modo rotundo no sólo el ámbito sino el sentido de las relaciones internacionales; hecho que ha repercutido hondamente en las relaciones actuales entre ambos países.

El nacimiento de esta nueva etapa de relaciones puede fijarse a partir de los inicios de la crisis de 1980, fecha en que la visión norteamericana sobre el país ha ido poco a poco cambiando al calor de una integración informal más estrecha entre ambas economías,⁶ la que fue precedida de duras críticas a las viejas instituciones socioeconómicas mexicanas fundamentadas en un estatismo económico promovido por un régimen autoritario y antidemocrático, reacio a poner en marcha reformas de fondo en ambos planos. El gobierno y los analistas norteamericanos percibían que la apertura gradual de la economía a la competencia mundial y la siempre dilatada modernización política jugaban a favor de la ineficiencia y la corrupción, que no sólo minaba la economía —ya de suyo maltrecha— sino al consenso social, ya resquebrajado por el creciente deterioro de los niveles de vida de la mayoría de la población, lo cual era una amenaza inminente de desestabilización

⁵ Ver I. Gómez Bass, "Contradicciones históricas de una relación", en *Tiempo*, núm. 2478, México, 28 de septiembre de 1989, pp. 14-18; también J. Vázquez y L. Meyer, *México frente a los Estados Unidos: un ensayo histórico, 1776-1980*, México, El Colegio de México, 1982.

⁶ Cf. F. Dávila, "Crisis económica y acercamientos mutuos", en "Perspectivas de las relaciones México-Estados Unidos", *op. cit.*, pp. 82-88.

⁷ Las controvertidas elecciones de julio de 1988 y el fantasma cardenista que amenazaba la estabilidad política de México inclinaron al gobierno de los Estados Unidos a cambiar su estrecha visión de las circunstancias de México.

política,⁷ no funcional para los intereses de ambos países. Lo anterior, junto con la decisión expresa del gobierno de México de realizar ajustes radicales en la estructura de la economía, no sólo para salir de la crisis sino para adecuarla a una más dinámica inserción en el marco de la competencia mundial, facilitó un cambio de óptica mutuo.

Desde noviembre de 1988, fecha en que se dio el primer encuentro entre los presidentes electos de Estados Unidos y México en Houston, en los encuentros posteriores y en su gira por el estado de California en los últimos días del mes de septiembre de 1991, la cordialidad, la amistad y el diálogo han predominado. Lo que ha dado lugar a una cada vez más estrecha cooperación entre ambos países.

En gran parte, el desahogo económico que México experimenta hasta el momento se debe a la implementación del Plan Brady en el que el apoyo de los Estados Unidos fue fundamental. Los conatos de conflicto que pudieron haber surgido por la invasión de los Estados Unidos a Panamá, por el problema del narcotráfico y por las constantes intervenciones de la "migra" en la larga frontera que comparte con los Estados Unidos, fueron manejados con habilidad por el gobierno de México en aras de no enturbiar el clima de entendimiento favorable para formalizar del modo más ágil las negociaciones económicas y acelerar así la integración de la economía de México a la de los Estados Unidos.

*La revolución científico-técnica, la globalización,
la formación de bloques económicos y el agotamiento
de la primera fase de modernización en México*

El contexto histórico estructural de estas profundas transformaciones puede fijarse para fines de la década de los cuarenta, fecha en la cual la conformación del mundo contemporáneo se fue perfilando dentro del marco global de la hegemonía compartida de las dos grandes potencias mundiales: Estados Unidos y la Unión Soviética. Se extiende hasta la etapa actual marcada por el fin de la "guerra fría" que inicia una nueva era en la que se perfila la integración de bloques económicos y políticos que colaboran y compiten a la par por el dominio del mercado y por la hegemonía mundial.

En primer término se perfila el bloque europeo con una estructuración más formalizada. Lejos ya de las tremendas experiencias de las dos guerras mundiales, Europa integra con firmeza su mundo económico y —con la unificación alemana formalmente realizada— parece dar el primer paso hacia una más amplia integración con los países del Este que, junto con la Unión Soviética —enorme reservorio de recursos humanos y naturales— conformarán la Nueva Europa. El camino fue duro, pero se ha avanzado mucho en la integración global. El cuadro desolador del Viejo Mundo vencido, subordinado y dividido entre dos bloques de poder mundial dio paso al saludable desgaste de los nacionalismos de antaño, lo que contribuyó a la creación de una atmósfera propicia para la cooperación y colaboración mutuas. Éstas, en la actualidad, se están trocando en las bases reales de una integración más amplia en el campo económico que conducirá a la unificación monetaria, con miras a la conformación de los Estados Unidos de Europa, esto es, para dar el paso final hacia la integración política.⁸ El tremendo potencial en el campo del desarrollo industrial, científico y tecnológico que este proceso significa hacen del bloque económico y político europeo un competidor poderoso frente al liderazgo declinante de los Estados Unidos.

En el Sudeste de Asia también se forja un poderoso bloque, denominado de la Cuenca del Pacífico, conformado por Japón, Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, Singapur, Australia y Nueva Zelanda. El vertiginoso desarrollo del Japón, luego de la derrota militar que truncó sus pretensiones imperialistas, favorecido por el orden bipolar, impuesto por las dos grandes potencias en el contexto de la “guerra fría”, contribuyó a la generación de circunstancias propicias para que éste, así como Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur, pudiesen aprovechar los apoyos financieros principalmente de Estados Unidos, y Australia y Nueva Zelanda los de la Gran Bretaña, así como los de los organismos internacionales. Con éstos, unos gracias a la mística que sus respectivas culturas supieron dar al esfuerzo del trabajo conjunto y los otros, al ser favorecidos por la inmigración europea, emprendieron una serie de transformaciones

⁸ Ésta ya fue anunciada en la última reunión de Roma por los líderes de la Comunidad Económica Europea, los que sentaron las bases para la transformación cualitativa de una comunidad fundamentalmente económica en una unión política.

en sus economías que les han permitido llegar a los umbrales del siglo XXI con una formidable base industrial y con amplias capacidades, no sólo para seguir absorbiendo el desarrollo científico y tecnológico occidental, sino para imprimirle nuevos avances y así poder competir ventajosamente frente a Estados Unidos y Europa por la primacía de los mercados mundiales.

Se perfila, por último, el bloque norteamericano conformado por Estados Unidos, Canadá y México, este último como puente de una unión más amplia que abarcaría toda América Latina, de acuerdo con el proyecto hegemónico que Estados Unidos intenta conducir.⁹ Su actual nivel de desarrollo y el potencial que este bloque perfila hacia el futuro por la abundancia en recursos, en alta tecnología en investigación y desarrollo, así como por ser el que actualmente ostenta aún la más amplia estructura industrial y comercial, tomará reñida la competencia que los otros bloques quieren encabezar.

Es, pues, este periodo muy corto —comparado con otros precedentes—, caracterizado por la eclosión de la revolución científico-técnica, lo que permitió a los países en los que ésta se expandió no sólo utilizar eficientemente los recursos y la mano de obra mundiales,¹⁰ sino iniciar, a partir de las aplicaciones de la microelectrónica, informática, biotecnología y biogenética, una era de progresos de vastas proporciones, expresada en una mejora sensible de los niveles de vida de sus pueblos y que quisieran consolidar en el futuro.

Es en este complejo y vertiginoso proceso, apenas esbozado, en el que México lleva a cabo su primera fase de industrialización, luego de un difícil periodo de inestabilidad social que culmina con la madurez institucional de su sistema político. Sin embargo, esta prolongada etapa de modernización, llamada por su gran crecimiento económico y su estabilidad política “el milagro mexicano”, empezó a decaer de modo gradual.

Eran los inicios de la década de los setenta, el “modelo de

⁹Nos referimos al Nuevo Orden Internacional que Estados Unidos intenta construir para recuperar su liderazgo mundial. La conformación del bloque económico norteamericano y la integración bilateral de los países latinoamericanos al mismo.

¹⁰Se puede afirmar que en esa etapa las ventajas competitivas dependían del incremento de la productividad, logrado gracias al uso de la energía y de los insumos primarios baratos, mas no a la aplicación intensiva y eficiente de los conocimientos científico-técnicos, como sucede a partir de los setenta. De esa fecha hasta la actual las innovaciones en los procesos y en los productos son las que darán cuenta de la mayor productividad.

desarrollo hacia adentro” ya se había agotado, pero la liquidez mundial y el auge petrolero parecieron facilitar los intentos de apuntalarlo.¹¹ Se preveía un fácil acceso a la nueva tecnología, lo que permitiría no sólo modificaciones graduales en la vieja planta productiva, para recuperar el crecimiento histórico del país, sino transformaciones significativas en el campo político, destinadas a modernizar la vieja maquinaria institucional —sobre todo la electoral, legitimadora del poder— ya gastada, sin causar mayores desajustes en la estructura de la sociedad que exigía mayores alternativas de participación en la toma de decisiones.

Los préstamos internacionales respaldados en la riqueza petrolera, que con el auge parecía multiplicarse, parecieron colmar estos anhelos. Pero esto duró lo que una ilusión y las carencias estructurales de un desarrollo sustentado en la dependencia económica y tecnológica se manifestaron durante los primeros años de la década de los ochenta.

La crisis económica, los ajustes y el nuevo proyecto de modernización en la base de las nuevas relaciones

El estancamiento, la ausencia de crecimiento, la inflación, el endeudamiento externo, así como las secuelas del mismo, expresadas en el pago de la deuda, que deterioraron irremisiblemente los niveles de vida de la población, se enraizaron en la sociedad mexicana y su economía caía en el colapso financiero. Este se hizo visible en 1982 y con él se manifestó la crisis en toda su profundidad.¹² Un ajuste más drástico se hacía necesario y por ello se procedió de acuerdo con las recetas de la ortodoxia económica dictada por el FMI para curar los males de la economía. Sin embargo, éstas no surtieron el efecto esperado,¹³ debido a los grandes

¹¹ Algunos autores, entre ellos Gerardo Bueno, hablan de un modelo alternativo que lo calificaron como “Desarrollo compartido”, donde el crecimiento económico, objetivo prioritario del anterior modelo, sería entendido de modo más integral, esto es: significaría una mejora del ingreso global seguida de una distribución más equitativa que permitiera mejorar los niveles de vida y disminuir la dependencia externa. Cf. G. Bueno, *et al.*, “Diagnóstico de la economía mexicana”, en *Opciones de política económica*, México, Tecnos, 1977.

¹² Los antecedentes y el estallido de la crisis, así como las primeras medidas para solucionarla, se estudiaron en detalle en F. Dávila, “La crisis mexicana, sus problemas económicos y sus efectos sociopolíticos”, *op. cit. ant.*, pp. 349-389.

¹³ Lo que se examina en F. Dávila, “De la crisis a la crisis. La política económica mexicana.

desembolsos financieros que los banqueros internacionales exigieron al gobierno, los que repercutieron no sólo en el nivel de vida de las grandes mayorías de la población, sino también aceleraron el deterioro del aparato legitimador del poder político.

Todo ello tornaba extremadamente peligrosa la estrategia económica encaminada a lograr una gradual modernización global, por lo que era preciso endurecer las medidas de ajuste para acelerarla mediante una hábil negociación política con los sectores más dinámicos de la economía, sustentada en una nueva esperanza: la modernización. Se asumía la crisis como un reto y la modernización era el pivote del nuevo proyecto que se intentaría llevar a cabo mediante la acelerada integración al mercado mundial, insertándose en la economía norteamericana.¹⁴ El apoyo de los Estados Unidos fue necesario y los pactos económicos, que significaron un paso firme para acelerar los cambios estructurales que la estrategia de integración requería y que sirven de sustento político al gobierno salinista, no pueden explicarse cabalmente sin el mismo. Así, ante el fracaso del Programa Inmediato de Reordenamiento Económico (PIRE), que aunque mediante la política recesiva y de pago de la deuda bajó la inflación del 98.8 por ciento en 1982 hasta un 63.7 por ciento en 1985, pero provocó un brusco deterioro de las condiciones de vida de los sectores obreros y populares, los que amenazaron con saltar las trancas del control institucional, el gobierno tuvo que negociar nuevos préstamos y gestionar ante el FMI una estrategia de crecimiento y de pago de la deuda; del mismo modo sucedió con el plan de *shock* heterodoxo¹⁵ y con los préstamos para la prolon-

1982-1988, en *Nueva Sociedad*, *op. cit. ant.*, y en "¿Cuántos años en la crisis? o análisis de la política económica del sexenio de Miguel de la Madrid, 1982-1989", del mismo autor publicado en *Relaciones Internacionales*, no. 41, México, UNAM, FCPyS, enero-abril, 1988.

¹⁴ En la actualidad Estados Unidos es el principal socio económico de México, ya que de él recibe el 65 por ciento de la inversión extranjera, el 70 por ciento de exportaciones e importaciones y el 25 por ciento de los créditos; la idea es incrementar estos porcentajes mediante el Acuerdo de Libre Comercio, un paso acelerado en la integración económica. Un tratamiento detallado de las circunstancias en que esta estrategia se da se encuentra en F. Dávila, "Dificultades, conflictos y negociaciones bilaterales para la integración económica", en "Perspectivas de las relaciones México-Estados Unidos", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, *op. cit. ant.*, pp. 88-95.

¹⁵ Esta estrategia de crecimiento y de pago de la deuda llamada Plan de Aliento y Crecimiento (PAC) fue exitosa para los comerciantes y financieros, pero resultó ser un rotundo fracaso para la mayoría de la población, ya que a fines de 1987 disparó la inflación al 160 por

gación de los mismos que culminaron con la firma del Plan Brady en febrero de 1990.¹⁶

Con mucho tino y cautela, unas veces, aprovechando los avances y retrocesos que marcan los tiempos de la política y de la economía; otras, implementando medidas drásticas y espectaculares, encaminadas a recuperar el consenso perdido en las urnas electorales y a generar un ambiente propicio para disipar los temores de una desestabilización política —altamente riesgosa para las estrategias globales económicas y políticas de Estados Unidos— procede el gobierno con su plan de modernización, cuya dinámica descansa en la integración creciente a la economía de Estados Unidos.

En los primeros instantes del mandato de Carlos Salinas de Gortari y en el tiempo que lleva del mismo, en ningún momento se ha aludido de modo directo a la integración económica,¹⁷ pero ésta aparece como la trama interna del nuevo discurso legitimador de la modernización económica para el cambio del país, “para fortalecerse ante el mundo y mejorar la convivencia entre los mexicanos”.¹⁸ Es, por consiguiente, la base real de la nueva política internacional y el marco global por el que se rigen las relaciones bilaterales con Estados Unidos, las que —al decir del presidente Bush— “nunca han estado mejor”.¹⁹

Así, dentro del nuevo esquema de criterios que el gobierno de México maneja, las diferencias entre ambos países parecen borrarse y/o aparecen exaltadas las coincidencias e intereses comunes.

ciento, lo que obligó al gobierno a la instauración de un plan de *shok* heterodoxo, bautizado con el nombre de Pacto de Solidaridad Económica (PASE) diseñado por el entonces secretario de Programación y Presupuesto, Carlos Salinas de Gortari.

¹⁶ Carlos Salinas de Gortari, al devenir presidente, prolonga los pactos hasta la actualidad y firma el Plan Brady avalado por la nueva administración de G. Bush, interesada en hacer viable la integración de México al nuevo bloque comercial norteamericano. Las renegociaciones de la deuda duraron dos años y las exigencias estuvieron encaminadas a facilitarlas, mediante la liberalización de las ataduras proteccionistas y la desregulación económica.

¹⁷ En el discurso oficial, a pesar de las presiones de ciertos grupos políticos y económicos, se sigue rechazando enfáticamente la integración de México a la economía norteamericana, mediante la conformación de un Mercado Común, pero se ha alentado con entusiasmo la firma del Acuerdo de Libre de Comercio que, finalmente, entrará en vigor en enero de 1994.

¹⁸ Carlos Salinas de Gortari, “Segundo Informe de Gobierno”, en *Comercio Exterior*, México, noviembre de 1990, pp. 1098-1113; ver también “Mensaje de Toma de Posesión de Carlos Salinas de Gortari”, en *Unomásuno*, México, 2 de diciembre de 1988, suplemento, pp. I-IV, y “Primer Informe de Gobierno”, en *Comercio Exterior*, noviembre de 1989, pp. 931-946.

¹⁹ Ver “Relación como nunca antes: Bush”, en *El Financiero*, México, 27 de noviembre de 1990, pp. 1-28-29 y 30.

Estados Unidos no sólo es el vecino y amigo, sino fundamentalmente el aliado estratégico en el campo económico y en el político. De allí se desprende la necesidad de adelantarse a sus deseos e intenciones; se trata de “dar gusto al vecino”²⁰ porque se ha entendido con maduro pragmatismo que la salida de la crisis y el futuro del país dependen de la integración más estrecha entre las dos sociedades, pues mutuamente se necesitan y compensan. Surge así, entre los teóricos del gobierno, la idea de la interdependencia que regularía la búsqueda de coincidencias y consensos de índole económica y política y que conduciría a una nueva era de colaboración más estrecha entre los dos gobiernos.

Es de este modo como Estados Unidos y México —al calor de sus respectivas crisis: la de su hegemonía mundial (manifiesta en un enorme déficit fiscal, en una creciente pérdida de la productividad global de su planta industrial, en el decaimiento de la competitividad de sus productos en los mercados, en los desajustes financieros y en la amenaza constante de recesión global de su economía) y la de su creciente deterioro económico y social— prosiguen juntos para hacer viable, en un caso, la estrategia de conformación del bloque económico norteamericano, y en el otro, el proyecto de modernización mediante la integración al mismo. De igual manera, Estados Unidos intentan recuperar su liderazgo perdido y México salir del “decenio perdido” sin que el deteriorado consenso político —agudizado por la dureza de la crisis y de su ajuste— ponga en riesgo al sistema político antes de darle un nuevo apuntalamiento.²¹

²⁰ Ver R. Riva Palacios, “Al gusto del vecino. Agenda mexicana por encargo”, en *El Financiero*, México, 4 de enero, 1991, p. 22; en el que se detalla la complacencia vergonzante a la que México se ha visto sometido con el fin de satisfacer los intereses de Estados Unidos pensando que ésta podría traducirse en “beneficios políticos... Ahora, afirma el autor del artículo, se está jugando a la contrahistoria, en una apuesta que luce altamente riesgosa”.

²¹ Un reportaje del periódico *The New York Times*, del 5 de julio de 1990, afirma que el gobierno de Salinas de Gortari avanza a “una perestroika sin glasnot”; esto es, ha logrado convencer con sus avances en materia económica, pero aún no convence a los mexicanos —ni a los estadounidenses— con respecto a la democratización, pues el presidente y su partido, el PRI, están encarando fuertes quejas de la oposición/ por repetidos fraudes electorales, violaciones a los derechos humanos e intimidación a los críticos del gobierno. Ver a este respecto, “Reportaje del Corresponsal del *New York Times*”, en *El Financiero*, México, 6 de julio de 1990, p. 34. El panorama no varió mucho en las últimas elecciones de agosto de 1991, de tal modo que el propio Congreso norteamericano, luego de los sucesos de Guanajuato y San Luis Potosí, sostuvo el 16 de octubre una audiencia pública para analizar las elecciones.

En estas circunstancias, para el primero, formalizar sus ya amplias relaciones comerciales, incrementar sus inversiones para ampliar su planta productiva, así como captar nuevos mercados financieros y de servicios en México, parece ser una necesidad ineludible, un paso firme y contundente para articular el gran mercado potencial latinoamericano a su gran proyecto de recuperación hegemónica. Para el segundo, subirse en la locomotora que mueve al tren del comercio del bloque norteamericano significa aprovechar la inversión estadounidense y de otros países —entre ellos el Japón— interesados en acercarse al mercado más dinámico del mundo.

México no sólo intentaría incrementar sus exportaciones aprovechando el bajísimo costo de su mano de obra y la aún abundante cantidad de recursos naturales baratos (entre ellos el petróleo), sino querría, por un lado, asimilar mediante una acelerada modernización de su planta productiva los frutos del progreso técnico que las dos primeras revoluciones industriales dejaron y que Estados Unidos están desechando. Por otro lado, intenta recuperar el tiempo perdido y esforzarse por ponerse al ritmo de la revolución científica y tecnológica mediante la negociación del Acuerdo de Libre Comercio. Este, al insertarlo en los mercados globalizados, puede asegurarle una transferencia real de la ciencia y tecnología actuales para innovar sus productos, sus procesos y la administración de los mismos y así incrementar tanto su competitividad comercial como los niveles de vida de la gran mayoría de su población.²²

La inminente negociación del Acuerdo de Libre Comercio

La hábil táctica estadounidense de impulsar la conformación del Mercado Común en el que México sería incluido, dentro de su estrategia global para recuperar su competitividad perdida, median-

²²Esta idea nos remite al concepto global de productividad que conjuga al mismo tiempo el necesario incremento de la riqueza con el reparto de la misma, o sea, se toma en cuenta la distribución de la misma para un enriquecimiento humano más pleno que es la utopía que todas las sociedades han perseguido. Ver a este respecto, F. Dávila y E. Ortiz, "Del Antagonismo a la Cooperación entre el Este y el Oeste para la Búsqueda de un Mundo más Humano". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 149, pp.; También Cf., C. Pérez, *Tendencias en la Industria mundial: nuevos elementos de la competitividad*, Seminario Estrategia Industrial, Proyecto Fomento ONUDI, Caracas, 1988.

te la conformación de un bloque económico sólidamente estructurado y no verse desplazado en el futuro por la Comunidad Económica Europea y los países de la Cuenca del Pacífico, aparece no sólo como funcional para México, sino como una oportunidad singular para negociar, en condiciones favorables, el proyecto de modernización acelerada impulsado a partir de finales de 1988.

En efecto, el gobierno salinista aceptó el reto integracionista y las alternativas modernizadoras para el logro de una acelerada transferencia científica y tecnológica; también pesó las dificultades de la empresa y formuló en el primer año de su gestión el Plan Nacional de Desarrollo, donde fijaba los lineamientos y programas para llevarla a cabo de modo acelerado. Reconoció la necesidad perentoria del cambio que México debe realizar en el nuevo clima de relaciones internacionales que procura nuevos espacios para la integración regional y para las transformaciones económicas, sustentadas en la innovación del conocimiento y de la tecnología pero también en la emergencia de nuevos centros financieros y comerciales que intensifican la competencia por los mercados mundiales.²³ El Plan también perfilaba un importante cambio en el estilo de sus relaciones bilaterales y multilaterales necesario para la apertura de la economía al mercado mundial, ampliamente globalizado y agresivo en la competencia. Por lo que después de audaces cambios políticos que le aseguraron el poder,²⁴ inició las “modificaciones estructurales” en la economía.

Su experiencia en el aparato administrativo como secretario de Programación y Presupuesto le fue muy valiosa, pues le permitió percatarse de que las modificaciones graduales realizadas desde 1970 y las drásticas iniciadas en los años ochenta, para cambiar el anterior modelo de crecimiento y adecuar la planta productiva a los retos del “nuevo modelo de apertura al mercado mundial”, no podrían consolidarse: sin capitales foráneos, sin premios económi-

²³ Ver “Presentación”, *Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994*, *Diario Oficial de la Federación*, México, 1989, pp. 12-23; ver también un resumen de las realizaciones y promesas del gobierno salinista, en “Mexico, Progress and Promise”, en *Los Angeles Times, A World Report Special Section*, Tuesday, October 22, 1991.

²⁴ Entre los más espectaculares cabe recordar el aparatoso operativo con fuerzas castrenses para encarcelar al máximo líder petrolero y el desfenestramiento del líder del magisterio y los que últimamente se han llevado a cabo en Guanajuato y San Luis Potosí, para apaciguar las presiones políticas que el gobierno enfrenta en su lenta apertura hacia la democracia del voto. Cf. *Proceso*, no. 780, 14 de octubre de 1991, 6-16.

cos a los empresarios y comerciantes, sin estabilidad monetaria, sin un férreo control del gasto gubernamental y sin cambios rotundos y dolorosos para los trabajadores²⁵ que continuarán llevándose a cabo.

Para ello, era preciso acelerar la marcha de las transformaciones económicas y satisfacer y convencer a los banqueros e inversores internacionales de las bondades del nuevo modelo.²⁶ Así, el gobierno actual aprendió que la renegociación de la deuda, México se la debía ganar con un comportamiento ejemplar en el pago de las regalías, pero sobretodo acelerando la apertura comercial mediante la baja de aranceles y regulaciones, vendiendo a precios de regalo las paraestatales, liberalizando la inversión extranjera y llevando a marchas forzadas la apertura financiera.

Es así como se prepara la apertura gradual de la economía para la integración al Mercado Común de Canadá y de Estados Unidos, la que ha sido impulsada con vehemencia luego de la firma del Plan Brady que le costó al gobierno un año de arduas negociaciones y al pueblo de México —a pesar de los pactos— un nuevo deterioro en sus exiguos niveles de vida.²⁷

La integración como ideología de la modernización y el ocaso del nacionalismo mexicano

Realizadas las primeras acciones de orden político y económico para acelerar el proceso de modernización, el gobierno —en el segundo

²⁵ No nos referimos a la baja generalizada del nivel de vida de los trabajadores causada por la persistente inflación y el castigo a los asalariados en sus percepciones, que ha sido la constante en las políticas macroeconómicas del gobierno, sino a las modificaciones que se darán a la Ley del Trabajo, necesarias para flexibilizar la fuerza de trabajo y adecuarla a la nueva etapa de "apertura hacia afuera" que empieza a vivir el país. Cf. "Flexibilizar las relaciones laborales, la meta de la revisión de la Ley del Trabajo", en *El Financiero*, México, mayo, 29, 1989, p. 56.

²⁶ Ver a este respecto, "La Política Económica para 1989", en *Comercio Exterior*, México, enero de 1989, pp. 66-73.

²⁷ La pérdida del poder adquisitivo salarial en México, a raíz de los pactos de 1987-1989 (aún vigentes hasta 1993), ha sido de alrededor de un 10 por ciento acumulado; o sea, mayor que en Sudamérica e Israel.

Por ejemplo, Brasil y Argentina en el lapso de dos años de sus planes de choque tuvieron un incremento del 5.6 por ciento y una baja del 7.29 por ciento respectivamente; mientras Israel, en las mismas circunstancias, se recuperó en un 22.2 por ciento; los datos provienen del "Análisis Económico" efectuado por M. Flores, en *El Financiero*, México, 12 de junio de 1990, p. 12.

año de su gestión— fue delineando con mucho cuidado una estrategia para acelerar la integración. Los puntos prioritarios de esta agenda se centraban en el comercio exterior y en la inversión extranjera, dos temas muy sensibles a la trayectoria nacionalista del gobierno mexicano. Era preciso, por ello, trabajar con mucho tino la idea de integración que se iniciaría con la firma del Acuerdo de Libre Comercio,²⁸ para no provocar conflictos o mayores tensiones que las ya existentes entre los sectores nacionalistas del país. De allí que, con las experiencias de lo sucedido en Canadá,²⁹ se procedió a utilizar los mecanismos institucionales y las mediaciones de la sociedad civil, especialmente los medios de comunicación, para apaciguar el creciente descontento social. Esta hábil táctica, consistente en la evocación constante del mundo del consumo moderno, en conjunción con el deslumbrante avance de la ciencia y del progreso técnico; aparejados a la libertad mercantil, al espíritu innovador y creativo, ejemplificados abundantemente en el *american way of life*—al parecer—, fácilmente accesible, allende la frontera, en el mundo del norte, han ejercido una influencia soterrada no sólo en los sectores sociales de las regiones fronterizas, constantemente expuestas a los enormes contrastes entre los diferentes niveles de vida, sino entre los miles de campesinos y sectores populares de todo el país, amén de los sectores medios y altos que creen que con la integración mejorarán sus expectativas y lograrán niveles parecidos a los del mundo norteamericano.

Todo ello, junto con otros mecanismos sutiles, fue creando poco a poco una corriente cultural —una verdadera cultura universal— favorable al fomento de relaciones más abiertas con el resto del mundo, lo que contribuyó a facilitar la consolidación del entendimiento al que ya se había llegado con el vecino país y permitió a

²⁸ México firmó oficialmente el Entendimiento Relativo a Pláticas para la Facilitación del Comercio y la Inversión el 3 de octubre de 1989.

²⁹ Conocedor el gobierno mexicano de las demoras, de al menos 4 años, que las discusiones sobre el Mercado Común con Estados Unidos causó en el Canadá, ha tratado de evitarlas mediante conversaciones previas, consultas con grupos selectos o a través de participaciones restringidas, fácilmente controlables por el propio aparato institucional de comunicación. El *Washington Post*, dos días después de que el *Wall Street Journal* dio cuenta, antes que el gobierno de México, de las conversaciones sobre el Acuerdo de Libre Comercio con Estados Unidos, advertía que tal acuerdo “puede convertirse en un imán de los descontentos nacionalistas”, por lo que los presidentes de ambos países tendrían que ser cuidadosos para elegir el momento oportuno. Cf. *El Financiero*, México, 29 de marzo de 1990, p. 46.

una capa de intelectuales y políticos —ligados al poder— plantear, al comienzo tímidamente, luego de una manera más persistente y abierta, la idea de que la integración económica no sólo era favorable para ambos países, sino que era necesario explicitarla formando, lo antes posible, parte del Mercado Común Norteamericano.³⁰ Por su lado, Estados Unidos, luego de alentar al gobierno por los cambios en la economía, le invitaba a través de sus asesores y funcionarios a integrarse al mismo, no sólo porque veían en México un real y potencial abastecedor de mano de obra y de recursos naturales baratos, así como de bienes de consumo que ya no era rentable producirlos en sus plantas, sino porque “México está a dos años de alcanzar el milagro económico... y lo que necesita es hacer a un lado los prejuicios ideológicos de defensa de la soberanía para poder consolidar la confianza y el progreso buscados”.³¹

Así, pues, la idea de integración económica que no era extraña en el pensamiento de los intelectuales y estudiosos de México, ni menos aun entre los de América Latina,³² fue resurgiendo pero dentro de la perspectiva del proyecto estratégico global estadounidense. De allí que no le resultó difícil al gobierno de México convertirla en el soporte y mediación de la nueva significación hegemónica que está dando coherencia a su nuevo proyecto socio-económico de modernización global, dentro de la estrategia más amplia de resurgimiento del bloque económico norteamericano.

De este modo, la integración económica se constituye en el instrumento privilegiado a partir del cual el país logrará entrar de lleno

³⁰ Cf. J. Castañeda y R. Pastor, *Límites en la amistad. México y Estados Unidos*, México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1989. “La Integración Económica con Estados Unidos, Contradictoria e Inevitable”, reseña de la presentación del libro anterior en la que “el Licenciado Castañeda afirmó... que nuestro gobierno ya no niega que la solución de su deuda externa está en E.U... Reconocer ese hecho, es un avance, pero nuestras relaciones exteriores quedan sujetas únicamente a los EU y dejan de lado a los otros países”. Ver *Gaceta UNAM*, México, 13 de marzo de 1989, p. 25.

³¹ Así se expresaba Rudiger Dornbusch, asesor de G. Bush, en el Congreso Internacional Universitario Empresarial, organizado por la Universidad Anáhuac, ver *El Financiero*, México, 3 de abril de 1990, p. 20; también, las declaraciones de Alexander Haigh en el mismo Congreso, *ibid.*, p. 40, y las de Robert Pastor exasesor del Consejo de Seguridad de Estados Unidos, *op. cit. ant.*, 3 de abril de 1990, p. 62.

³² Ver F. Dávila, “Viabilidad de la Integración Latinoamericana y Vicisitudes de la Misma a fines del Siglo XX”, en Encuentro Internacional de Latinoamericanistas “América Latina a fines del Siglo XX”, México, UNAM, Centro de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 5-7 de septiembre de 1990.

en la era moderna. En el corto plazo, además, tendría la ventaja de ser una medida idónea para solucionar la crisis económica que aún azota al país y a la larga contribuiría a la formación de una economía poderosa, asimiladora, eficaz de los adelantos científicos y tecnológicos dentro del bloque económico norteamericano —según la estrategia global diseñada por Estados Unidos— para enfrentar a la Nueva Europa que se perfila para fines del siglo como el competidor más peligroso.³³

Con este soporte poderoso, con esta ideología tan coherentemente construida y con el apoyo constante del gobierno norteamericano, el gobierno salinista con su nueva tecnocracia ofrece eficacia y crecimiento, una nueva era de productividad y de innovaciones tecnológicas que procurarán al pueblo mexicano amplias satisfacciones materiales, un mejor ingreso y un más alto nivel de vida en el futuro. Así, la justicia social, ideal del nacionalismo revolucionario, se troca en promesas de solidaridad social, para los pobres; en esperanza de más altos niveles de consumo para los sectores medios, y en jugosas ganancias para los comerciantes, industriales y financieros que respondan al reto de la eficiencia tecnológica.

Entre la ilusión y la realidad se perfilan las negociaciones sobre el Acuerdo de Libre Comercio

Pero la señalada habilidad del gobierno de México para implementar un discurso político favorable a la integración, allanando las dificultades inherentes a la empresa, ha funcionado con altos y bajos, y para fines de 1991 la esperanza no visualiza aún realidades.

La idea del Mercado Común sugerida por los Estados Unidos fue favorablemente acogida en los círculos gubernamentales, pero para no remover el rescoldo del nacionalismo aún latente en determinados grupos políticos y empresariales, era preciso crear un espacio de discusión controlado para debatirla y explicarla. Fue el Senado de la República la instancia escogida y éste se encargó de la

³³“La Iniciativa para las Américas” anunciada por Bush sería el lógico complemento de la tentativa globalizadora. Así se involucraría a todos los países latinoamericanos en la formalización de relaciones comerciales bilaterales con los Estados Unidos; con ello se tendría el control más directo sobre este enorme mercado potencial con el que en la actualidad realiza entre un 15 y un 17 por ciento de su comercio de importación y exportación total

organización de los foros nacionales para discutir la conveniencia o no de integrar el Mercado Común. Se procedió en consonancia, pero la oposición de los grupos intelectuales, empresariales, sindicales y demás sectores de la sociedad sensibles al peligro latente de incremento de la dependencia y pérdida de la soberanía terminó convirtiendo el foro en una discusión sobre un Acuerdo de Libre Comercio.³⁴ Este debería ser impulsado siempre y cuando el gobierno de Estados Unidos estuviera dispuesto a negociar los siguientes rubros claves:

1. La liberalización comercial total por parte de ambos países.
2. La libre movilidad de la mano de obra mexicana.
3. La condonación parcial o total de la deuda externa.
4. Las garantías para acceder a la tecnología de punta.
5. La ampliación del acuerdo con el Canadá y terceros países.

Así, entonces, la euforia se apaciguó y el Acuerdo de Libre Comercio vino a sustituir al Mercado Común, un paso más directo para iniciar la formal integración económica con Estados Unidos. Al mismo tiempo, el Congreso daba luz verde al presidente para que lo negociara. Sin embargo, la demora del arranque dinámico de la economía norteamericana, así como la intromisión estadounidense en el control del narcotráfico y las presiones que ciertos grupos empresariales, sindicales y ecológicos norteamericanos ejercieron para que el gobierno mexicano respetara los derechos humanos y el voto de sus ciudadanos, tensaron las relaciones entre los dos países, pero no impidieron la aceptación del *fast track*, por parte del congreso de los Estados Unidos a mediados del mes de noviembre de 1993.

³⁴ Luego de las declaraciones presidenciales que de modo contundente afirmaban que "no aspiramos a ser parte de ningún mercado común, en el cual la concepción es ceder autonomía monetaria, fiscal y en algunos casos hasta legislativa" y que habrá "comercio libre con Estados Unidos y Canadá, pero no mercado común" (Cfr. prensa nacional del 17 de abril y del 22 de 1990). Funcionarios y empresarios se hicieron eco de las mismas condenándolo, pues "era inaceptable para México integrarse a un mercado común norteamericano, ya que significaría ceder espacios de soberanía en beneficio de los Estados Unidos", declaraciones del director general de Banca Serfin, en *El Financiero*, México, 16 de mayo de 1990, p. 19. En su última gira por el estado de California, considerada como una promoción para la aceleración del Acuerdo de Libre Comercio, el presidente Salinas reiteró que no se dará un mercado común sino un acuerdo de libre comercio. Ver prensa nacional e internacional, septiembre 30 y primeros días de octubre de 1991.

Sin embargo, para no incrementar la dependencia creciente de la economía al bloque norteamericano, que para los intelectuales no adictos al gobierno de México es ya un grave peligro para la soberanía nacional, los impulsores de la integración han destacado la idea de que la inserción al bloque norteamericano tiene que tener un contrapeso en un comercio más intenso con los nuevos bloques.

Así el gobierno salinista ha manejado a lo largo de su periodo esta doble opción. De hecho, luego de cada vez mayores acercamientos al bloque norteamericano, el gobierno refrenda sus intenciones de abrirse a los demás bloques.

De este modo a casi cinco años del acelerado proceso de apertura y de los esfuerzos y negociaciones el TLC entraría ya en vigor para comienzos de 1994, y con él se iniciará formalmente la integración a la economía norteamericana.

El reto es enorme para el país ya que ello no solo implica un mayor nivel de empleo, mejoras en el comercio, en los servicios y en las finanzas sino particularmente la aceleración de la modernización de la planta industrial mexicana para alcanzar, a partir de incrementos en su productividad y eficiencia, una mayor integración de la población en los beneficios de un comercio pujante.

La nueva apertura al comercio mundial, "El cambio estructural" por el que se ha apostado deberá lograr niveles de vida parecidos a los que tiene la población de los países socios. Sólo de esta manera, las tremendas restricciones y retrocesos en los niveles de vida de las grandes mayorías en estos 10 años de integración no formal de la economía a la competencia mundial, a través del mercado de Estados Unidos, podrían justificarse.

Obtener a partir de la integración asimétrica actual, ya formalizada con E.U., las menores restricciones o pérdidas; esto es, mejorar, al menos cuantitativamente, la relación de asimetría que el proceso implica sería la gran y mejor ganancia de México. Lo que podría ser medido o traducirse necesariamente en un acelerado desarrollo interno capaz de compensar, en el más corto plazo, las carencias y desajustes que la propia estrategia viene generando en los niveles de vida de su población mayoritaria. Estos, no conviene olvidar, penden, como espada de Dámocles, sobre el gastado sistema político mexicano que ya fue puesto a prueba en las elecciones federales

y locales de mediados de agosto de 1991 y tendrá su mayor reto en las de 1994.

La estrategia de modernización aún no cumplida, o la promesa del salinismo, no es sólo reforma económica sino la reforma sociopolítica, o sea, el logro de la democracia y su expresión concreta: la justicia social. Las cartas están echadas, los resultados en el presente son inciertos y el futuro sólo es una esperanza que se puede perder.